
Le Roy Ladurie. El historiador errante

Lucette Valensi, Nathan Wachtel

De la historia de los hombres a Béatrice de Planissoles, de las curvas de precios y salarios al carnaval de Romans y a los convulsionarios de Cévennes, de la historia inmóvil al análisis del crecimiento, de la computadora a Melusina: Le Roy Ladurie, entre los historiadores de su generación, aparece como el más diverso, el más móvil, inaprehensible. ¿Partidario —y practicante— de una historia heterogénea? ¿Artesano o producto del estallido de la historia que se proclama por doquier? El propio Le Roy Ladurie, sin embargo, afirmaba en 1966, desde la obertura de *Les paysans du Languedoc*, haber "intentado la aventura de una historia total", y no se ha desdicho. Estamos frente a una paradoja, y a una cuestión que se refiere tanto a Le Roy Ladurie como al conjunto de la disciplina. O bien la historia es "el hombre enfermo" de las ciencias humanas, y sufre la suerte de su antigua compañera privilegiada,

la geografía, que vivió su hora de gloria y, hoy desmembrada, busca redefinir su especificidad. O bien, a pesar de una expansión en múltiples direcciones, la historia ha conservado su unidad su territorio, y puede reivindicar legítimamente seguir siendo totalizante. En breve: ¿dónde está Le Roy Ladurie?, ¿a dónde van los historiadores?

Migraciones

Sigamos el trayecto recorrido entre *Les paysans du Languedoc* (1966) y *Montaillou* (1975). Aparentemente, un solo objeto: los campesinos. Los de una vasta región, durante cuatro siglos, en la primera obra; un pueblo, tomado en el tiempo corto, en el caso de Montaillou. Pero un examen de la bibliografía revela una migración: en *Les paysans du Languedoc*, más de 850 títulos entre los cuales la historia económica, la de-

mografía, la geografía, son las más pesadas; a penas 24 títulos tienen que ver con la antropología, entendida en el sentido más amplio, con los trabajos de los folkloristas, de los eruditos locales, etc; O sea —para hacer un ejercicio de historia cuantitativa habitual en la "escuela de los *Annales*"— menos del 6% del total. En *Montaillou*, 300 títulos (redondeando), de los cuales más de 50 proporcionados por la antropología: o sea 17% del total.

Los subtítulos de los libros confirman esta deriva. Producción, producto bruto, salarios, rentas, ganancias, expansión, crecimiento, atomización, concentración, reconstitución: los campesinos de Languedoc son analizados con las categorías de la economía política. Para ser exactos, agreguemos que también son traducidos en el lenguaje de la demografía (poblamiento, hombre escaso, control de los nacimientos, migraciones). ¿De qué léxico están

tomados los títulos del segundo libro? En el de la antropología: redes culturales, clanes, magia, práctica] folklore, matrimonio, casa-familia, etc. Este cambio de vocabulario denota una aproximación diferente, y esta nueva mirada revela caras hasta entonces invisibles del objeto. Ahora bien, sin duda, si Le Roy Ladurie las hubiera buscado, hubiera encontrado en su Languedoc de antiguo régimen no sólo rentistas, asalariados, j consumidores y masas demográficas, sino también comunidades pueblerinas y unidades domésticas. El autor y los utilizadores del *Les paysans du Languedoc* protestarán, con razón, contra esta lectura que se detiene en los títulos y subtítulos y que olvida las cofradías y las rebeliones. Pero admitirán que las estructuras íntimas de la sociedad campesina e'scapan al primer libro mientras que están en el centro del segundo.

Este desplazamiento no es solitario. Muchos historiadores en Francia han emprendido este viaje hacia la antropología. Por un lado, -en efecto, concluye un ciclo, el de la supremacía de la historia, económica, que fue dominante, si no dominadora. Después de Simiand, Labrousse, Hamilton, que perfeccionan los métodos de la historia cuantitativa en los años treinta, las fluctuaciones de los precios y de los salarios, la tasa de la renta, el movimiento de los barcos, y de las mercancías, se vuelven, a los temas preferidos de las investigaciones históricas. Todas las vías son exploradas al tiempo que el historiador inventa fuentes nuevas conforme van aumentando sus exigencias: así, la hipótesis según la cual el producto de los diezmos da testimonio de las variaciones de la producción provoca una cosecha considerable

de cifras en Francia y en otros países. Esta historia económica cuantitativa tuvo sus grandes tesis, sus colecciones, sus centros de investigación parisienses y en provincia. Su lugar, primordial, en las revistas y los encuentros de la disciplina. El historiador de los años cincuenta, así como el estudiante principiante, debía construir curvas y leer histogramas.

Después de resultados notables, esta historia se vio afectada por la ley de los rendimientos decrecientes. Los filones se agotan. La historia económica sólo resiste al precio de una doble conversión: sea hacia nuevos objetos, con J. Bouvier y M. Lévy-Leboyer por ejemplo, sea por el recurso a una tecnología sofisticada que nos llega de ultramar, la de la "New economic history". Pero, si bien los modelos matemáticos que propone esta escuela fascinan a algunos historiadores, este tipo de procedimientos despierta serias reservas.¹ Por lo demás, aun durante el apogeo de la historia económica, los mejores trabajos —los de Fierre Vilar o Fierre Chaunu, para sólo citar a éstos— nunca separaron lo económico del social. Después, los historiadores se dieron cuenta que lo económico no domina en todos los tiempos y lugares, como es el caso, indiscutiblemente, en las sociedades capitalistas contemporáneas, y que los conceptos y las categorías de la economía política moderna no son aplicables, sin anacronismo, a realidades alejadas, en el tiempo y en el espacio, de los centros nerviosos del capitalismo occidental. Se comienza incluso a dudar, en este tiempo de crisis, de la cientificidad de la economía política.

Paralelamente, alrededor (o fuera) de la "escuela de los *Anuales*", otros niveles de lo real fueron despejados. La turbulencia de

los acontecimientos, los accidentes de la coyuntura, los desplazamientos de hombres y mercancías, no podían ocultar la inercia de las estructuras profundas o el tiempo propio de las representaciones colectivas. Y el abandono de la historia historizante y de los acontecimientos, en la que los papeles principales correspondían a los príncipes, a los jefes de estado y a los generales, orientaba la atención hacia el coro: las masas anónimas del pasado, en su mayoría campesinas. El frente de la historia se abrió entonces en múltiples direcciones: hacia lo mental colectivo, la cultura material, las prácticas cotidianas; hacia la historia rural, la más fecunda y diversa. Campesinos de Languedoc y pastores de Montailhou se inscriben, pues, en una larga serie.² Y esta serie conduce naturalmente al historiador sobre el terreno que sus antepasados, obsesionados por la política y la diplomacia, habían dejado a los etnógrafos y a los folkloristas. Una cierta nostalgia por un campesinado en vías de extinción y de una "naturaleza" amenazada de destrucción contribuyó sin duda a este regreso a los orígenes. Y además, una vez más, la historia debía responder al desafío de una disciplina vecina. El de la sociología había suscitado los combates de Lucien Febvre y Fernand Braudel. Los éxitos —brillantes o ruidosos— de la antropología planteaban preguntas nuevas a la historia, ofrecían modelos de interpretación, abrían caminos imprevistos. Los llamados a una comunión entre las dos disciplinas no faltaron en los últimos veinte años³ ni, finalmente más interesantes, los trabajos que se ubican deliberadamente en un terreno del cual ya no se podría decir si pertenece al dominio tradicional de la historia o al de la

antropología: el investigador de hoy en día cuenta la muerte, las — prácticas; numen Licias, la familiar el; parentesco y la sexualidad, recoge la tradición oral de los campesinos de Cévennes y analiza la realeza sagrada en el antiguo Mo-nomotapa.⁴

Como la antropología, a su vez, es múltiple en sus métodos é interpretaciones, no debe extrañarnos encontrar la misma abundancia en los trabajos de etnohistoria. Así, Le Roy Ladurie pudo utilizar los trabajos de la antropología estructural y los de la antropología económica, de Chayanov a Shalins; su restitución de Montaillou, cerca del texto y cerca del suelo, recuerda más bien a Osear Lewis y las biografías cruzadas de Pedro Martínez y de los hijos de Sánchez. De manera general, la aproximación etnográfica no contradice, más bien completa, el análisis histórico clásico, al menos cuando se trata de las sociedades occidentales. Cuando Fierre Goubert, a quien ya no deslumhra la luz del Rey Sol, despliega 100 000 provincianos o 20 millones de franceses, su masa compacta se revela diferenciada en grupos definidos tanto por su fortuna como por la misma terminología del siglo XVII, que distinguía obreros agrícolas, horticultores, labradores, etc. La historia etnográfica de hoy no podrá negar esta estratificación social; indica, sin embargo, que agrupaciones fundadas sobre criterios diferentes de la fortuna — estatuto, parentesco, residencia— también pueden funcionar y dar cuenta de la praxis social. Maurice Agulhon, uno de los pioneros en la materia, ya lo observaba a propósito de los dormitorios de Basse-Provence; "A la dialéctica de las clases, de las opiniones y de los regímenes políticos, familiar a los historiadores

clásicos, y acaso utilizada por ellos con demasiada exclusividad, —ella(la etnología) añade otras, y sugiere parejas que ellos no utilizan, como familia-clase de edad o masculino-femenino".⁵

En el caso de sociedades más lejanas, el paso a la antropología exige sin duda revisiones más desgarradoras, puesto que las categorías de la sociología occidental, como burguesía o clase, son en ese caso tan impropias como las de la economía liberal. De allí una búsqueda más inquieta de instrumentos de análisis específicos y un recurso más sistemático a las técnicas de la etnología, tanto en la recolección como en la lectura de la información.

Migración hacia la antropología: este movimiento abrió bellos claros. ¿Hizo imposible la historia total o más bien cambió su sentido?

A la búsqueda de una historia total

La historia global significaba, para Lucien Febvre y Marc Bloch, el rechazo a las separaciones y la síntesis —fomentada por Henri Berr— entre las "jóvenes" disciplinas que se desarrollaban entonces en la universidad. La sociología, la psicología, la lingüística, la demografía, la economía, representaban perspectivas parciales, "cómodos fantasmas", cuya complementariedad proclamaban en nombre de la unidad fundamental del hombre concreto.⁶ El modelo propuesto era el de la disciplina cuya vocación parecía más totalizante: la geografía, renovada por Vidal de la Blache de la cual Lucien Febvre se reconoció varias veces deudor.⁷ La historia-problema, o conceptualizante, se oponía así a las pretensiones de

una historia universal reducida de hecho, en los manuales, a la mera yuxtaposición de contribuciones eruditas. Pero si las distintas aproximaciones debían converger, las obras mismas de Lucien Febvre y Marc Bloch ya dan testimonio de las migraciones internas y se distribuyen entre dos polos, uno geográfico, otro psicológico en una especie de cambio de lugares: de *La terre et Pévolution humaine* al *Pro&iéme de Vincroyance* de Febvre, y de *Les rois thaumaturges* a los *Caracteres originaux de histoire rurale francaise* de Bloch.

Por la preocupación humanista por la totalidad, por la importancia concedida a los factores económicos, los *Annales (d'histoire économique et sociale)* marcaron, sin duda no una adhesión, pero cuando menos una apertura hacia los análisis marxistas. Lucien Febvre podía escribir en 1935: "Es evidente hoy que un historiador mínimamente culto —y se puede ser erudito, no se es historiador sin cultura— se ve necesariamente penetrado por las maneras marxistas de pensar, de concebir los hechos y los ejemplos. Aunque no haya leído una línea de Marx, aunque se diga furiosamente "antimarxista" en otros dominios que el científico: muchas de las ideas que expresó Marx con una maestría evidente pasaron hace mucho tiempo en el fondo común que constituye el tesoro intelectual de una generación; viven mezcladas con otras que las acompañan, habiendo nacido en el mismo momento, en el mismo medio y del mismo medio".⁸

Así, los temas marxistas forman parte de las herramientas mentales, o al habitus, de nuestro tiempo. Se les encuentra en el corte de la sociedad en niveles y en la jerarquía que los ordena. ¿Acá-

so no proporcionan el subtítulo a los segundos *Anuales: Économies, sociétés, civilisations?* Lucien Febvre, sin embargo, rechazaba ilodo determinismo unívoco de unía instancia con respecto a otra y solamente postulaba, de maneüa más matizada pero también más vaga, la existencia de "interrelaciones" o "interdependencias" entre los diversos aspectos del hombre social.

Con la obra de Fernand Braudel se manifiesta también un deslizamiento, de la geografía a la etnografía (solamente de la vida material); pero, ala distinción de los-niveles, geográfico, social, político, corresponde en adelante una pluralidad de duraciones, casi inmóvil, lenta y breve. Las metáforas braudelianas superponen espacialmente las tres capas ,temporales, escalonándolas de la profundidad a la ; superficie,; de la inercia o la lentitud a la efervescencia. Sin .duda, este esquema tripartita representa una figura simplificada: la realidad que describe Braudel incluye ritmos múltiples I que, recortan todas las instancias. Por otra parte, la larga duración no se confunde con el substrato geográfico o económico; engloba también a las estructuras mentales. Tal es, sin embargo, el acontecimiento historiográfico: el tiempo se rompe, y lasíntesis que opera la historia global supone la restitución de todas las duraciones que, en la realidad viva, se cruzan y entrelazan. Innovación fundamental, pero la articulación entre los tiempos históricos, y por tanto entre los niveles, seguía siendo el gran.problema, no resuelto, de las ciencias sociales.

Si Braudel yuxtaponía tres duraciones en un mismo libro, Le Roy Ladurie dedica tres libros a estasItemporadades diferentes: la

duración milenaria de la *Histoire du climat depuis Van mil*, el gran ciclo plurisecular de *Les paysans du Languedoc*, el tiempo individual de las biografías *á&Mointailou*. Fiel a una larga tradición, Le Roy Ladurie también rechaza todo determinismo mecanicista. El clima, y en términos más generales el medio geográfico, imponen sin duda algunas coacciones a la historia, pero relativas: como en Lucien Febvre, abren un campo de posibilidades. A tal punto que el estallido del tiempo llega, con Le Roy Ladurie, a su paroxismo. Porque la *Histoire du climat* opera otro desplazamiento y empuja la larga duración braudelianahacia el tiempo inhumano de la historia natural. El historiador se vuelve "espectador de un devenir del cual el hombre había dejado de ser el centro". ¿Revolución coperniciana? Extrañeza, en todo caso, del paisaje:⁹ el desfase se profundiza al extremo entre duraciones cuyas escalas se vuelven incompatibles; la historia humana se reduce a un sector ínfimo, perdido en un tiempo que lo rebasa por todos lados, y cuyos actores son los glaciares, la circulación meridiana, zonal, etc. "Espectador": de hecho, sobre estos elementos de la naturaleza, la acción humana no,tiene asidero. Ni lo tiene en el gran ciclo plurisecular, bloqueada por los mecanismo autorreguladores, desmembrada por las tijeras malthusianas. De allí la tonalidad patética, en Le Roy Ladurie, del tiempo corto: los nombres se bambolean en los flujos y reflujos de la renta y de la ganancia, su "praxis revolucionaria" está condenada a un juego de sombras, a los sueños impotentes y a las encantaciones mágicas.

En el ciclo largo de la Francia moderna, sin embargo, estaineficiencia parece estructural: los

hombres no pueden, por los bloques tanto espirituales como materiales, tomar conciencia de los mecanismos de larga duración, de tal manera que su acción, en la escala en la que se sitúan, no podría influir sobre las causas profundas y los sistemas lógicos que rigen a su sociedad. Ahora bien, este conjunto es el que una historia totalizante debe esforzarse por restituir. ¿La dificultad misma sugeriría la solución? Porque los levantamientos campesinos que analiza Le Roy Ladurie constituyen un intento (sin duda abortado) de retomar la historia, en un movimiento global en el que las instancias se confunden: se trata"de una praxis, aun imaginaria, que trata de superar sus condicionamientos en un proyecto que les da sentido, juntando las duraciones múltiples, heterogéneas y desfasadas, en una totalidad vivida que impregna toda por su lenguaje simbólico. ¿Qué es el Carnaval de Romans, en efecto, si no un "hecho social total" (Mauss)? Reúne inextricablemente, desde su irrupción, todos los niveles que recortan nuestras definiciones arbitrarias: económico (una coyuntura de crisis), social (los conflictos de las clases), político (un tipo derevuelta), mental (los ritos de inversión, el canibalismo fantasmático).Así, se juntan profundidad y superficie: aprehendemos, en una aproximación a la vez analíticay comprensiva, tanto las regulaciones inconscientes, que se extienden en la larga duración, como los acontecimientos conscientes, que se precipitan en el tiempo corto. Es la misma experiencia que Le Roy Ladurie intenta en *Montaillou*: paradójicamente, la biografía, esto es la agitación de la superficie, permite acceder auna cierta totalidad. Porque los destinos individuales se sitúan en las

diversas redes en las que se cruzan: la *domus*, el espacio regional, el universo espiritual. Dicho de otra manera, el medio y "las herramientas mentales" de la época: pero mientras que Lucien Febvre hace el retrato de personajes ilustres, Le Roy Ladurie estudia vidas obscuras y nos hunde en la cotidianidad del pasado. La empresa totalizante se une aquí con la vocación tradicional de la historia, el estudio de lo que sólo acaeció una vez: lo singular conduce a lo general en la medida en que se restituya su inagotable riqueza. Al final de la aventura, volvemos a encontrar, en un sentido renovado, el proyecto de una resurrección integral del pasado.

La noción de hecho social no es, sin duda, inédita, pero está lejos de haber agotado todas sus virtualidades.

Aplicada primero a las sociedades estudiadas por los etnólogos, tardó en ser reconocida en Europa. De hecho, las sociedades llamadas primitivas no se prestan, como las sociedades occidentales, a ser recortadas en niveles superpuestos, y la dimensión simbólica, es más inmediatamente evidente

en aquéllas. Pero, ¿es tan grande la distancia entre el mundo no europeo y el nuestro? Ya Marc Bloch hacía eco a Marcel Mauss cuando, al ocuparse de las *chefferies* pueblerinas en Galia, evocaba, con toda la prudencia requerida en historia comparada, los morabitos del Maghreb, las estructuras sociales de los Thais de Indochina y los cacicazgos del África negra.¹⁰ Y no dudaba en interpretar algunos derechos señoriales como supervivencias de ritos muy antiguos, "para los cuales varios paralelos podrían encontrar los antropólogos".¹¹ Estas proposiciones verdaderamente pioneras lo siguen siendo hoy ¡diremos, con M. Agulhon, que "en este medio complejo la exigencia de la totalidad descriptiva y explicativa que la etnología se propone satisfacer, y que satisface efectivamente, sea en las sociedades primitivas, sea en las sociedades principalmente agrarias, esta exigencia de totalidad sólo puede ser satisfecha por la historia total, o por una antropología que integre todas las investigaciones históricas".¹²

Esta exigencia se deja aún más

sentir en la" medida en que el desarrollo casi autónomo de algunas investigaciones, con técnicas rigurosas (economía, demografía semántica, etc.), puede dar la impresión de una desagregación de la historia. Estallido aparente, autonomía artificial: la inteligencia de cada sector remite sin cesar al otro. La edad tardía del matrimonio o de la contracepción no son solamente hechos demográficos, sino también culturales. La especialización en ramas diferentes, el descubrimiento de nuevos objetos, la seducción de las disciplinas vecinas no amenazan despedazar al territorio del historiador: éste, por el contrario, hace retroceder sus fronteras, anexa nuevos recorridos. Pero si las perspectivas sobre el devenir remiten constantemente las unas a las otras, este juego de espejos es indefinido por esencia. La propia noción de historia total evolucionó en el curso de nuestras migraciones, al tiempo que sigue representando un modelo ideal, en el horizonte de una búsqueda siempre inconclusa.

Traducción Rodrigo Martínez
Tomado de *L'Are*

Notas

i Ver J. Girault, *Annales E.S.C.*, noviembre-diciembre de 1975, y el artículo de J. y M. Debouzy, "La New Economic History" en *Politique aujourd'hui*, noviembre-diciembre de 1975.

i De Georges Lefebvre a Paul Bois, pasando por G. Roupnel, P. de Saint-Jacob, J. Deléage, G. Duby.

3 Se encontrarán ecos de lo anterior en "Pour une histoire anthropologique", *Annales E.S.C.*, noviembre-diciembre de 1974, pp. 1309-1380.

4 Los ejemplos evocados remiten a los trabajos de J. P. Aron, A. Burguière, J. L. Flandrin, Ph. Joutard, Ch. Klapisch, W. G. Randles. M. Voyelle. Esta

lista no es, obviamente, exhaustiva.

s M. Agulhon, "Les chambrées en Basse-Provence; histoire et ethnologie", *Revue Historique*, abril-junio de 1971.

6 Marc Bloch, *Apologie pour l'histoire ou Métier d'historien* París, Armand Colin, 1974. "Ahora bien, *homo religiosas*, *homo económicas*, *homo politicus*, toda esta serie de nombres en us cuya lista se podn'a aumentar a placer, sería grave el peligro de tomarlos por algo diferente de lo que son en verdad: fantasmas cómodos, a condición de no volverse molestos. El único ser de carne y hueso es el hombre, sin más, que reúne a la vez todo eso" (pp.

126-127).

7 Cf. por ejemplo Lucien Febvre, "La géographie, réflexions sur un cinquantenaire", *Annales E.S.C.*, julio-septiembre de 1953.

8 Lucien Febvre, *Pour une histoire á part entiere*, 1962.

9 "Era un paisaje extraño, casi desconocido, y que pocos historiadores habfan tenido hasta ahora la ocasión y el tiempo de observar mucho tiempo" (p. 11).

10 Marc Bloch, "The rise of dependant cultivation and seignorial institutions", *The Cambridge Economic History of Europe*, t. 1, cap. 6, 1941. Este artículo, importante y poco conocido,

fue publicado en inglés y retomado en *Mélangeq historiques*, t.1, 1968, p. 246.

11 *Ibid.*, p. 246.

12 Maurice Agulhon, *ib id.*

Bibliografía de Emmanuel Le Roy Ladurie

Histoire du Languedoc (Historia del Languedoc), París, Presses Universitai-

res de France, 1962. *Les paysans de Languedoc* (Los campesinos de Languedoc), París, SEVPEN, 1966, 2 vol. Reedicción abreviada: París, Flammarion.

Histoire du climat depuis l'an mil (Historia del clima desde el año mil), París, Flammarion, 1967,

Le territoire de l'historien (El territorio del historiador), París, Gallimard, 1973.

Montaillou, uillage occitan, de 1294 a 1324 (Montaillou pueblo occitano de 1294 a 1324), París, Gallimard, 1975. *Le territoire de l'historien II*, París, Gallimard, 1978.

Le carnaval de Romans. De la Chandeleur au mercredi de cendres. 1579-1580 (El carnaval de Romans. De la Chandeleur al miércoles de cenizas), París, Gallimard, 1979.

Los que cavan y cómo se acaban

Cuauhtémoc Velasco

Pedro Castera, *Las minas y los mineros*, en *La novela realista*, México I Promexa, 1985, pp. 5-75. (Gran Colección de la Literatura Mexicana).

[Noventa y ocho años después de su última impresión apareció en la antología de *La novela realista* este conjunto de narraciones mineras. Pedro Castera (1838-1906) (Es un autor mexicano muy poco conocido. Su fama la debe a *Carm-en*, una de las novelas románticas más leídas en tiempos de don Porfirio. Cultivó, sin embargo, la poesía y el periodismo.

Más allá de la importancia que tiene rescatar obras y autores olvidados, esta obra y este autor ofrecen particularidades interesantes. Los datos biográficos de Castera son muy escasos. Se sabe que nació en 1838, presumiblemente en la ciudad de México. No existen datos sobre su niñez y juventud, ni tampoco sobre los estudios que realizó. A los veintitrés años buscaba minas en el estado de Guerrero, según confiesa en uno de sus cuentos, y en algún momento de su vida fue pegador en el tiro de Providencia en San An-

tón de las Minas. En 1867 era soldado del ejército republicano: luchó en Querétaro contra el Segundo Imperio y obtuvo el grado de comandante. Ya para 1872 se dedicaba al periodismo en *E/-Domingo*, momento a partir del cual parece ser definitiva su dedicación a las letras.

Como colaborador en periódicos, de acuerdo al recuento que hace Donald Gray Shambling (*Pedro Castera. Romántico realista*, tesis de maestría, UNAM, 1957), Castera escribió principalmente poesía, narraciones y algunos artículos científicos y políticos. En enero de 1882 asumió la dirección de *La República*, cuando Ignacio Manuel Altamirano le dejó el puesto. Este año fue el más prolífico de toda su vida, pues además de las colaboraciones firmadas y sin firmar que aparecieron en el periódico, consiguió dar a la prensa varios textos.

Antes de ese año sólo había conseguido una primera edición de sus poemas bajo el título de *Ensueños* (1875) y de algunos *Cuentos mineros* (1881). En 1882 salieron a la luz *Carmen*, *Las minas y los mineros*, *Los maduros*, *Ensueños y armonías*, *Impresio-*

nes y recuerdos y *Dramas de un corazón*. Después de ese año publicó únicamente la novela *Quereens*, en 1890.

También durante el año de 1882 se desempeñaba como diputado federal. Es evidente que para los cargos que alcanzó contaba con el apoyo y dirección de Altamirano, quien tenía muchas esperanzas en el futuro político y literario de Castera. Al parecer vencido por la presión a que lo sometía su actividad política y periodística, Castera fue a parar al manicomio en julio de 1882. Las razones de su locura no son claras para nadie. Se dice que siendo Director de *La República*, el presidente Manuel González le solicitó una campaña periodística en relación con la famosa revuelta del níquel. Castera se negó. Se murmuraba que a raíz de ello fue víctima de "algún bebedizo". Lo cierto es que mientras permaneció en San Hipólito, conservó bajo la lengua una monedita de níquel que nadie pudo sacarle en cerca de un año de residencia en el manicomio.

Al recobrar la razón volvió al periodismo, colaborando eventualmente en *El Universal* y en